EL DIARIO

La Paz, Domingo 16 de Mayo de 1954.

GREENE Y GREEN LLEGAN AL TEATRO

por WALTER BENEKE

POR el mismo camino de la novela que antes condujera a Priestley y a Camus, por el que antes llegaran Faulkner y Gide, dos grandes maestros de la literatura contemporánea han acudido a esa cita con el Teatro que ha venido a ser el imperativo de todo escritor que viva su siglo con ansias de actualidad.

Llegan Graham Greene y Julien Green en 1953, a llenar, tal vez, el vacío que dejaran con su muerte O'Neil, Bernstein y Ugo Betti. O a tomar el relevo de esos dos mayorazgos del Nuevo Teatro — Cocteau y Montherlant — que ahora, con amargura y nostalgia lo abandonan.

Primicias dramáticas de sus autores "The living room" en el Wyndham's de Londres y "Sud" en el Athénée de París han sido los acontecimientos teatrales más importantes de la última temporada.

Completamente diferentes, ambas piezas han conseguido, no obstante la novedad y el atrevimiento de sus temas, el favor de un público que noche a noche, con renovado entusiasmo ha sabido consagrarlas dando sitio de honor a sus autores entre la pléyade de los grandes dramaturgos.

No es un caso nuevo — y es este el hecho que motiva este artículo — la llegada triunfal al Teatro moderno de figuras ya consagradas en otros campos de la literatura.

Como un crisol del tiempo nuevo el Teatro ha recibido, de cada uno de los campos de la literatura las figuras de mayor relevancia; de la poesía llegaron Elliot, Claudel, y García Lorca, de la novela mencionamos a Faulkner, Gide, Montherlant, Camus, Priestley, Cocteau, podríamos agregar a Somerset Maugham, Robles, Aymé, Carlo Levi, Dos Passos y tantos y tantos más. La filosofía misma aporta a Marcel y a Jean Paul Sartre. Llegan al teatro y llegan todos sin renegar de su condición de literatos, antes bien sustentándose en ella.

La vieja discusión de si el Teatro es o no es literatura queda — al menos para nuestro tiempo — definitivamente resuelta. Son los literatos quienes lo han vivificado al arrancarlo de los mecanismos de escenarios y de los vulgares componedores de "situaciones".

Hay un algo evidente: el Teatro vive una auténtica edad de oro. Regados por todo el mundo, docenas de autores dramáticos, venidos por todos los caminos, generadores de una variedad de estilos admirable por su originalidad y su fecundía son conscientes de esta responsabilidad escénica que se manifiesta en una misión de estética y un sentido de mensaje. Dentro de la belleza de la forma y el diálogo, abordando todos los temas, los autores han sabido llevar a los más la inquietud optimista o angustiada de los menos.

Al dejar de nutrirse en las costumbres de camerino, en la combinación de situaciones conocidas, o en las prácticas de escenario para hacerlo en la vena más profunda de la cultura universal el Teatro se ha convertido en la expresión más completa y genuina de la literatura de nuestro tiempo.

"THE LIVING ROOM"

La historia de Graham Greene, viajero infatigable, es una historia simple. Nace en Berkhamstead en 1904, estudia en Oxford y trabaja luego como viajante de comercio, periodista y crítico de arte hasta que el éxito de "Orient Express" define su vocación de novelista. 7 novelas bastan para convertirlo en el autor más leído de Europa; apasiona de pronto a la juventud y su nombre se repite, con insistencia casi desesperante, en todos los ambientes intelectuales del viejo y del nuevo mundo.

En Oxford una compañera, Vivian Dayrell, lo convierte al catolicismo y se convierte en su mujer. Sucede entonces el extraño caso de un puritano converso que llega a ser el novelista católico más importante de su generación.

En el Teatro su primera aparición se debe a una adaptación de "El Poder y la Gloria" que Louis Jouvet ha dirigido. La muerte impide a Jouvet crear el personaje del cura mexicano borracho y cobarde, capaz de las mayores vilezas y de la santidad más sublime, acosado en cada lugar, perseguido sin tregua por un gobierno anticristiano a lo ancho de un México exótico y huraño en su religiosidad y su miseria.

Es tal vez el éxito de esta adaptación que Pierre Bost lleva al escenario del Athénée lo que urge a Graham Greene a escribir para el Teatro. Poco después, la compañía del Wyndham's estrena en Londres "El cuarto de estar".

Obligada por la muerte de su madre, la misma noche de cuyo funeral ella ha amado a Miguel Dennis, su tutor, un hombre casado mucho mayor que ella, Rosa Pemberten va a vivir con su familia materna formada por dos viejas tías solteronas católicas fervientes dedicadas al cuidado de su hermano, un sacerdote, a quien la pérdida de las piernas ha condenado por años y años a vivir en una silla de ruedas alejado de su magisterio. La única ilusión del Padre Browne es poder un día ayudar a alguien, salvar un alma, ser de nuevo un verdadero sacerdote.

Es un juego de almas atormentadas que se desenvuelve en un cuarto lleno de Dios: el living room. Rosa Pemberton quiere ser feliz al lado de aquel que ama, quiere liberarse de todo, sin embargo ella es una católica y en ella es obsesionante la idea de un Dios presente hasta en su misma rebeldía. Helena, la vieja, trata de oponerse por todos los medios a ese amor ilícito que Rosa defiende con furia, como el último recado de su felicidad, hasta que la presencia de la mujer de Miguel la desborda. Es entonces cuando acude al Padre Browne, en busca de consejo y es entonces cuando éste que ve llegar al fin la oportunidad que soñara años enteros, la oportunidad de ser útil y ejercer su magisterio, no sabe qué hacer con ella. Quiere hablar y no encuentra palabras, es Dios quien le cubre la boca con sus manos; desesperado acude a las viejas fórmulas "...siempre tendrás la misa. Para eso está, para ayudarte. Tu rosario, tienes uno, naturalmente. Quizá nuestra Señora... oraciones".

Rosa se suicida. Su muerte trae a los que se quedan un hondo recapacitar, una profunda conciencia de las cosas, y con ella un reiniciado existir, un renovado sentido de la vida.

Toda la obra se desarrolla en el "Cuarto de estar", una habitación de principios de siglo extraña y desconcertante. En la obra el principal personaje es uno: Dios. El llena el living—room, está allí; se deja sentir en los anhelos del Padre Browne, en la angustia que aquel amor adúltero deja en el torturado cerebro de Rosa Pemberton. Es un Dios todopoderoso que consiente en el dolor de sus criaturas, un Dios casi inoperante, un Dios inmisericorde motivo y causa de todas las cosas que conduce la obra fatalmente hasta su desenlace.

"SUD"

Julián Green, el de "Moira" y "Leviathan" es un caso del todo diferente, se le cita con Joseph Conrad como el caso más notable de un autor que se adapta a escribir en un idioma que no es el suyo. Green es americano, del Sur, se educa en París de donde no sale nunca más recluyéndose, entre viajes, en un departamento junto al Barrio Latino donde su biblioteca, sus banderas suristas y un odio a los "yanquees" heredado de su madre le crean un ambiente a su placer.

Con "Sud" Green llega al Teatro por la primera vez, el llamado lo recibió hace unos años cuando tras una presentación de "Amphytrion 38" de Giraodoux, Luis Jouvet, en su camerino del Athénée le pide una obra. Jouvet muere pero es el Athénée donde se estrena la primicia de Green.

El sur, amargo y miserable de Faulkner y Erskine Caldwell tiene para Julien Green su sabor galante de carretela y crinolina, es hermoso y señorial, ambientado en viejas tradiciones de espíritu europeo. Para su primera pieza Green escoge el mismo decorado que antes sirviera a sus novelas "El viajero por la tierra", "Mont Cinere" y "Moira".

"Sud" es una historia de pasión, en el prólogo y catalogándola como tragedia el autor expone que su propósito ha sido tratar desde un ángulo nuevo un tema que ha sido tratado únicamente desde el punto de vista puramente carnal. Green aborda el tema de la desviación sexual, con un tono mental muy diferente a los alardes naturalistas llenos de puritana congoja de André Gide o a las abyecciones innominables de Jean Genet.

En la plantación de Edward Broderick, rico agricultor de Carolina del Norte y en las vísperas de la guerra de sesión Ian Wiczewski, oficial polaco; es el invitado de confianza de la familia. En la misma casa habita Regina, una muchacha del Norte a quien la muerte de sus padres obliga a vivir con sus tíos en un Sur al que detesta con todas sus fuerzas. Sólo la retienen su amor propio y su pasión por Ian, que éste no comprende. Así las cosas, la llegada de un muchacho de 20 años, Erik Mc Clure, con quien Broderick intenta casar a Regina causa en Wiczewski una impresión tan profunda que angustiado ante esta revelación tardía de su naturaleza y luego de buscar inútilmente una solución a su problema, se hace matar por Mc Clure en un duelo que en su desesperación él mismo ha provocado.

Es extraño que el Green de "Adriana Mesurat" escoja este tema para su presentación en el teatro, él, que canta al aburrimiento en "Leviathan", aparece desbordante de inquietud en un diálogo de una facilidad y una belleza admirables.

Las obras de Greene y de Green son totalmente diferentes. En "The living room" hay un ambiente, la pieza posee esa tercera dimensión mental que a "Sud" sólo podrían darle la maestría del decorador y del "metxeu en scene". El eje de la primera es la presencia obsesionante de Dios, de la segunda una idea de justificación. La soledad dentro de la tortura mental es tal vez el único paralelo posible entre los protagonistas. Ian exclama: "No siento vergüenza pero me siento solo", y Rosa Pemberton "Ah Dios, qué no daría por no sentirme tan sola".

Greene y Green son para el Teatro la cosecha del 53. Por los años venideros llegarán tal vez los rehacios de hoy día, Moravia por ejemplo, o los hispano—americanos — Gallegos, Neruda, Asturias —. Ojalá encuentren éstos en el Teatro el ritmo y el tono de esa palabra que a la literatura de nuestra América aún le falta pronunciar.

Valle de La Esperanza, mayo de 1954.



El Concierto

DENTRO de escasos minutos ocupará con elegancia su lugar ante el piano. Va a recibir con una inclinación casi imperceptible el ruidoso homenaje del público. Su vestido, cubierto de lentejuelas, brillará como si la luz reflejara sobre él el acelerado aplauso de las ciento diecisiete personas que llenan esta pequeña y exclusiva sala, en la que mis amigos aprobarán o rechazarán — no lo sabré nunca —sus intentos de reproducir la más bella música, según creo, del mundo.

Lo creo, no lo sé. Bach, Mozart, Beethoven. Estoy acostumbrado a oír que son insuperables y yo mismo he llegado a imaginarlo. Y a decir que lo son. Particularmente, preferiría no encontrarme en tal caso. En lo íntimo estoy seguro de que no me agradan y sospecho que todos adivinan mi entusiasmo mentiroso.

Nunca he sido un amante del arte. Si a mi hija no se le hubiera ocurrido ser pianista yo no tendría ahora este problema. Pero soy su padre y sé mi deber y tengo que oírla y apoyarla. Soy un hombre de negocios y sólo me siento feliz cuando manejo las finanzas. Lo repito, no soy un artista. Si hay un arte en acumular una fortuna y en ejercer el dominio del mercado mundial y en aplastar a los competidores, reclamo el primer lugar en ese arte.

La música es bella, cierto. Pero ignoro si mi hija es capaz de reproducir esa belleza. Ella misma lo duda. Con frecuencia, después de las audiciones, la he visto llorar, a pesar de los aplausos. Por otra parte, si alguno aplaude sin fervor, mi hija tiene la facultad de descubrirlo entre la concurrencia y esto basta para que sufra y lo odie con ferocidad de ahí en adelante. Pero es raro que alguien apruebe fríamente. Mis amigos más cercanos han aprendido en carne propia que la frialdad en el aplauso es peligrosa y puede arruinarlos. Si ella no hiciera una señal de que considera suficiente la ovación seguirían aplaudiendo toda la noche por el temor que siente cada uno de ser el primero en dejar de hacerlo. A veces esperan mi cansancio para cesar de aplaudir y entonces los veo cómo vigilan mis manos, temerosos de adelantárseme en iniciar el silencio. Al principio me engañaron y los creí sinceramente emocionados. El tiempo no ha pasado en balde y he terminado por conocerlos. Un odio continuo y creciente se ha apoderado de mí. Pero yo mismo soy falso y engañoso. Aplaudo sin convicción. Yo no soy un artista. La música es bella, pero en el fondo no me importa que lo sea y me aburre. Mis amigos tampoco son artistas. Me gusta mortificarlos, pero no me preocupan.

Son otros los que me conturban. Se sientan siempre en las primeras filas y a cada instante anotan algo en sus libretas. Reciben pases gratis que mi hija escribe con cuidado y les envía personalmente. También los aborrezco. Son los periodistas. Claro que me temen y con frecuencia puedo comprarlos. Sin embargo la insolencia de dos o tres no tiene límites y en ocasiones se han atrevido a decir que mi hija es una pésima ejecutante. Mi hija no es una mala pianista. Me lo afirman sus propios maestros. Ha estudiado desde la infancia y mueve los dedos con más soltura y agilidad que cualquiera de mis secretarias. Es verdad que raramente comprendo sus ejecuciones, pero es que yo no soy un artista y ella lo sabe bien.

La envidia es un pecado miserable. Este vicio de mis enemigos puede ser el escondido factor de las escasas críticas negativas. No sería extraño que alguno de los que en este momento me sonríen, y que dentro de unos instantes aplaudirán, propicie esos juicios adversos. Tener un padre poderoso ha sido favorable y aciago al mismo tiempo para ella. Me pregunto cual sería la opinión de la prensa si ella no fuera mi hija. Pienso con persistencia que nunca debió tener pretensiones artísticas Esto no nos ha traído sino incertidumbre e insomnio. Pero nadie iba ni siquiera a soñar hace veinte años, que yo llegaría a donde he llegado. Jamás podremos saber con certeza, ni ella ni yo, lo que en realidad es, lo que efectivamente vale. Es ridícula, en un hombre como yo, esa preocupación.

Si no fuera porque es mi hija confesaría que la odio. Que cuando la veo aparecer en el escenario un persistente rencor me hierve en el pecho, contra ella y contra mí mismo, por haberle permitido seguir un camino tan equivocado. Es mi hija, claro, pero por lo mismo no tenía derecho a hacerme eso.

Mañana aparecerá su nombre en los periódicos y los aplausos se multiplicarán en letras de molde. Ella se llenará de orgullo y me leerá en voz alta la opinión laudatoria de los críticos. No obstante, a medida que vaya llegando a los últimos, tal vez a aquellos en que el elogio es más admirativo y exaltado, podré observar cómo sus ojos irán humedeciéndose, y cómo su voz se apagará hasta convertirse en un débil rumor, y cómo, finalmente, terminará llorando con un llanto desconsolado e infinito. Y yo me sentiré, con todo mi poder, incapaz de hacerla pensar que verdaderamente es una buena pianista y que Bach y Mozart y Beethoven estarían complacidos de la habilidad con que mantiene vivo su mensaje.

Ya se ha hecho ese repentino silencio que presagia su salida. Pronto sus dedos largos y armoniosos se deslizarán sobre el teclado, la sala se llenará de música, y yo estaré sufriendo una vez más.

La Paz, mayo de 1954.

AUGUSTO MONTERROSO

VARIA POESIA

CON EL DUENDE

VIENTO aún tan aciago! Pero el viento
No apagará mis luces abatidas.
Si a oscuras el caballo va sin bridas
Hacia mi voz se inquieta más atento.

¡Nublada suerte! Bajo el mal, intento
Mantener estas críticas batidas
A la altura de aquellas ¡ay! corridas
Cuando yo era feliz de nacimiento.

Noche me da la atmósfera en jornada
Que ante los ojos tan normal esplende,
Y mi dolor perturba, discordante.

En la luz, sin embargo, ya no es nada
Tanto desorden, y hasta el mismo duende
Tenebroso me fuerza a que yo cante

PARA SER

Cuando ante mí total se siente el día,
Indivisible en su evidencia llena,
El temple de la luz se me serena
Como una desnudez de mi alegría.

No busco. Cedo al ímpetu que guía
—Varia salud— la sangre por la vena,
El son que nunca el álamo refrena,
Mi ley —fatal— a ti, variable y mía.

De cara a la esencia me coloca
Tanto vínculo móvil, y yo gozo,
profundamente afín, de estar en medio.

Llama la luz, nos llama. Ven: tu boca.
Me cerca aun más el ser con su alborozo.
Amor: te necesito en el asedio.

EN SUMA

Una luz de sosiego en el retiro
De su alameda cóncava ilumina
—Lo sé— la paz mortal de esta colina
Tan soberana mientras yo la admiro.

Ese frescor de atmósfera
Perpetuo —sí, lo sé— predice ruina
Frente a la Deliciosa femenina
Que al pasar se me muere en mi suspiro.

Y al fin... Lo sé, lo sé — con la cabeza.
Pero tanto caudal de realidades
Me arrebata, me sume en su corriente.

Ser henchido de ser jamás empieza
Ni termina. Amor: tú siempre añades.
Creo en la Creación más evidente.

SU PODERIO

Púdica oscuridad con tanta diva
Que al revelarte quedas en secreto:
De tu amor no será posible objeto
Mi diminuta oscuridad nativa.

Más agravada ahora que mes esquiva
La noche de un planeta así discreto.
¡No habrá de ser mi voz quien alce reto
Ni queja a tanta soledad de arriba!

Sin escucharme, cielo, me sostienes
Y consuelas trazando tus dibujos
Y signos, parc mi constelaciones.

Me rige el universo. No hay desdenes
Luminosos de nadie ni son lujos
Las estrellas. ¡Oh luz, de mí dispones!

JORGE GUILLEN

TRES MOMENTOS EN LA IDEOLOGIA REVOLUCIONARIA DE LA INDEPENDENCIA

por ALIPIO VALENCIA VEGA

LA REVOLUCION, FUERZA ACELERADORA DEL PENSAMIENTO POLITICO

ESTA comprobado que la revolución es una fuerza que acelera considerablemente el progreso en general y al mismo tiempo los sistemas de ideas, en especial en el aspecto político, económico y social. Esta evidencia es posible de observar en el proceso de la Revolución de la Independencia en nuestro país.

Las ideas políticas durante el Coloniaje permanecieron estancadas en América. El escolasticismo, reforzado por las postulaciones del tomismo y las ideas de Juan de Mariana y Francisco Suárez, conformadas todas ellas por las necesidades de la Contrarreforma para perpetuar el poder absoluto de los Reyes Católicos, cerró en las colonias españolas de América durante dos siglos, cualquier posibilidad para renovar las viejas concepciones políticas acerca del origen divino del poder monárquico.

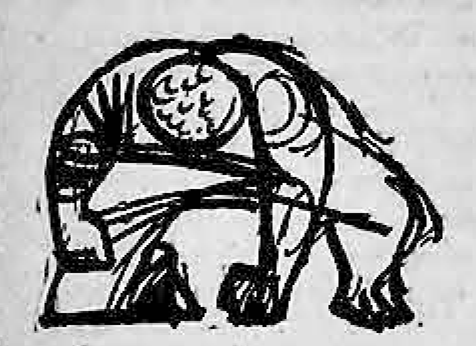
Pero fué el período revolucionario que se inició en 1809 el que tuvo la virtud de producir y desarrollar en forma insospechada el pensamiento político americano. De una élite distinguida y universitaria que especulaba con las ideas del escolasticismo a fines del siglo XVIII, los conocimientos elementales sobre el Estado y el gobierno, se transmitieron a una muchedumbre considerable formada por los criollos y una gran parte de los mestizos. Fueron solamente los indios quienes quedaron al margen del conocimiento y comprensión de esas ideas, porque ellos mismos tenían una vida extra-social.

Al comenzar la Revolución, las ideas políticas se agitaron, pues, poderosamente, quedando rezagadas las correspondientes a la época escolástica. Las ideas que penetraron en el pueblo con la Revolución de la Independencia, al mismo tiempo que movilizaban masas de criollos y mestizos, la mayoría de quienes aun no las comprendían perfectamente, actualizaron los principios del liberalismo que propagó en Europa la Revolución Francesa. Esto no había sucedido nunca durante el Coloniaje en que las masas mestizas y aun el criollaje no tomaron parte en la discusión de ninguna idea política, porque su creencia en la monarquía católica revestía carácter sagrado e inviolable. Fué, pues, la Revolución de la Independencia la que nutrió en un caudal ideológico apreciable a las masas del pueblo colonial.

En el Alto Perú, la eclosión de ideas políticas modernas, es realmente sorprendente, y de ahí también que en el proceso ideológico que acompaña a la Revolución, se comprueban tres momentos o fases características que muestran una oscilación de izquierda a derecha o sea que van desde el radicalismo o extremismo hasta el retroceso, pasando por una larga etapa moderada.

PRIMER MOMENTO: LA REVOLUCION DE 1809

La primera fase del proceso ideológico revolucionario está marcada por la Revolución del 16 de Julio de 1809 en La Paz. Ya en el movimiento del 25 de Mayo en Chuquisaca es posible notar algunos síntomas de radicalismo: en primer lugar, como no había sucedido en los largos siglos coloniales, hay un movimiento de masas que encabeza el criollaje aristocrático y universitario chuquisaqueño, imbuído ya de los elementos del liberalismo burgués. Por otra parte, aun cuando se declara el acatamiento al rey Fernando VII, por ser legítimo, frente a las pretensiones de su hermana Carlota Joaquina del Brasil, surge la expresión popular **¡muera el mal gobierno!**, que supone ya, si no un repudio, por lo menos una crítica a las autoridades españolas de la Colonia, que son precisamente las únicas que hacen gobierno.



La revolución de La Paz, en el atardecer del 16 de Julio de 1809, se inicia con el mismo grito que en Chuquisaca, pero el actuar de la propia Revolución no se detiene en esa ansiedad, sino que va aplicando medidas y profundizándolas rápidamente con un sentido de todo punto audaz en esos instantes: la Revolución se demuestra enemiga del despotismo de la Corona española, constructora de un gobierno propio bajo el manto de la independencia, y delinea las formas de un nuevo régimen basado en el propósito de una verdadera democracia realizadora de los principios del liberalismo burgués.

CONTENIDO ECONOMICO.— INCAUTACION DE RECURSOS Y SUPRESION DE ALCABALAS

La revolución paceña se presenta como tal, al mismo tiempo de consumarse. Los hombres que la dirigen demuestran madurez política y el pueblo también es capaz de expresar sus más urgentes aspiraciones. Es indudable que entre las múltiples causas de la Revolución, fueron muy importantes las de carácter económico. A lo largo de trescientos años de dominación colonial, la política económica de la monarquía, afirmada en el mercantilismo y en el monopolio comercial, no quiso modificarse, a pesar de las tenues reformas de Carlos III.

Finalizando ya los tiempos coloniales, el Alto Perú sufría los efectos de la doble acción económica de la metrópoli: el mercantilismo causó la cuantiosa explotación de metales preciosos y especialmente plata, pero no dejó nada a los nativos ni progreso ninguno para el país, habiendo ocasionado más bien la mortalidad y despoblación [illegible] de la abundante población indígena. El monopolio comercial, privilegio reservado a los "chapetones", completaba la tarea de impedir la capitalización de recursos en el Alto Perú y de impedir toda tentativa para elevar el nivel de la economía anacrónica hacia el desarrollo del capitalismo. "El cúmulo de obstáculos legales existentes tanto en España como en las colonias —dice Gustavo Adolfo Otero—, que impidió un amplio desarrollo comercial hispano - indígena, creó, acompañado por el régimen mercantilista, una economía consuntiva en los diversos países que integraban el Imperio español con la hipertrofia de la explotación metalífera a expensas de la anemia general. El régimen de la riqueza minera en el Alto Perú, hizo que los españoles impusieran un comercio de importación intenso, reduciendo a la más ínfima escala el desarrollo industrial" (1).

En estas condiciones, despreciado el valor de la plata del Alto Perú, que estaba prácticamente sin cotización en el mercado mundial, la metrópoli renunció a seguir extrayendo recursos de sus colonias y, naturalmente, el peso de las tributaciones en un pueblo que había quedado empobrecido, se hizo muchísimo más gravoso. La Revolución de Julio de 1809, en este sentido, orientó su acción hacia la ruptura del monopolio perjudicial para impulsar la propia producción que no sólo sirviese para alimentar el comercio exterior e interno, sino también para estimular el surgimiento de las industrias que zafaran del molde artesano.

Por su parte, el pueblo en plena agitación, exigió reivindicaciones inmediatas que aliviaran su dura situación. Así, la misma noche del 16 de Julio, reunido el Cabildo abierto, el pueblo exigió la incautación del Tesoro Real por las autoridades revolucionarias y la deposición de los Oficiales Reales, medidas que fueron adoptadas de inmediato. Al mismo tiempo exigió y obtuvo la abolición de las alcabalas sobre artículos de primera necesidad y comestibles, y de la sisa sobre productos de los naturales. El día 20, simbolizando la rebelión contra el antiguo régimen económico, el mismo pueblo quemó en la Plaza de Armas la documentación de deudores al Tesoro Real y obtuvo, previa petición escrita, la liberación de diezmos, tributos y contribuciones por cascarilla. "A la hora citada —dice un diario de la Revolución atribuído a Tomás Cotera— estaban ardiendo en la plaza de los papeles de deudas a la Real Hacienda, rezagadas desde el asedio (de Tupaj Katari, A. V. V.) hasta fin de 807 exceptuando las de diezmos, tributos y cascarilla. A efecto de que fuesen perdonadas estas deudas, se presentó a la Junta de Gobierno un escrito, que decía ser hecho por el Dr. D. Joaquín de la Riva" (2).

El pensamiento revolucionario de 1809 estuvo, pues, nutrido de una nueva concepción de la política económica, basada en el aprovechamiento de las riquezas nativas para beneficio del pueblo alto-peruano.

CONTENIDO SOCIAL.— LIBERACION DE CRIOLLOS, MESTIZOS E INDIOS

El régimen de castas que implantó la Colonia colocó en posiciones gradualmente rezagadas con relación a los "chapetones", a criollos, mestizos e indios. La Revolución de Julio de 1809 proclamó la reivindicación social de estos sectores. Desde los albores de la conjuración previa, quienes nutrieron las filas del complot fueron criollos y mestizos. Desde luego, no excomulgaron totalmente ni proscribieron del nuevo régimen a los españoles. Si se subordinaban, no tenían por qué ser excluídos, como que varios españoles formaron entre los jefes revolucionarios.

El pueblo en la noche del 16 de Julio pidió al Cabildo abierto que se exigiera a los "chapetones" juramento de lealtad al nuevo orden. En realidad, este juramento no era de humillación para los españoles, sino que constituía una notificación de que concluía su situación de privilegio y que debían esperar ser tratados al mismo nivel que el resto de la población americana, si es que reconocían sinceramente el nuevo orden de cosas. Podían, pues, ser ciudadanos en la Patria Nueva, tanto como lo serían criollos, mestizos e indios.

En cuanto a criollos y mestizos, de hecho, en la ejecución misma de los planes revolucionarios, aparecen unidos y exentos de pretensiones de preeminencia social. Murillo —lo afirman revolucionarios y contrarrevolucionarios— es un mestizo. Y él, precisamente un mestizo, fué elegido jefe supremo de la Revolución. Hay otros mestizos que, junto a criollos de buena estirpe, actúan en un plano de completa igualdad. Son americanos oprimidos por la monarquía hispana, y basta.

Por lo que se refiere a los indios, la experiencia de las grandes sublevaciones de 1780-81, que presenciaron la mayoría de los revolucionarios de Julio, no fué olvidada. Por eso la Revolución les tiene en cuenta y al formarse la Junta Tuitiva se reconoce derecho a integrarla con "un indio noble de cada partido de las seis sub-delegaciones que forman esta provincia de La Paz" (3). Y esclareciendo notablemente el pensamiento sobre los indios, decía el presbítero José Antonio Medina en un discurso: "Es demasiada tiranía la dominación europea; cada individuo de la península tiene un despotismo sobre el americano. **Quedarán libres los indios y los negros de todo servicio, estableciéndose el derecho de igualdad.** (4). Y no se observará la legislación, pues los pleitos se decidirán verbalmente; los bienes serán comunes; se exterminará la pobreza y todos serán felices..." (5).

El pensamiento revolucionario en el aspecto social, tiene también un contenido claro. Se esfuerza por destruir las desigualdades de la Colonia, y equiparar la posición de americanos —criollos, mestizos e indios— y españoles que reconozcan la bondad del nuevo régimen. En este aspecto, casi se puede decir que la Revolución obedece a una influencia rousseauniana, que, por otra parte, predomina en el pensamiento del papelista del movimiento, que es José Antonio Medina.

CONTENIDO POLITICO.— INDEPENDENCIA, PATRIA Y DEMOCRACIA

La Revolución del 16 de Julio de 1809 es, indudablemente, un gran acontecimiento político. Por eso lo que resaltó con fuerza en este movimiento fué naturalmente, su contenido político. En este sentido, los primeros actos aprobados en el Cabildo abierto del mismo día de la Revolución, afirman el deseo formal de independencia que alientan los insurrectos. Así, la destitución del Gobernador - Intendente Tadeo Dávila y del Obispo Remigio La Santa y Ortega significa el rompimiento violento y definitivo con la metrópoli porque estos hombres son los símbolos vivos de la opresiva dominación colonial.

Posteriormente, a medida del desarrollo de la Revolución durante el mes de julio hasta septiembre, se va afirmando la idea de emancipación. Los revolucionarios, aunque se presentan distinguidos en tres sectores: extremistas, moderados y derechistas, se muestran convencidos de que la condición indispensable para la prosperidad material y espiritual de los americanos y para que lleguen a ser dueños de su suelo, sus riquezas y de su propio destino humano, es ser independientes de la monarquía de ultramar y romper los vínculos que los ataban a ella, porque son lazos que no elevan ni ennoblecen, sino que degradan, ya que decir americano significa ser inferior y servil frente a todo lo español.

De esta convicción por la independencia, surge naturalmente la idea de Patria. La comunidad americana tiene que constituir una Patria que sea la palanca para la grandeza de los nativos y quienes quieran reconocerla sinceramente. La colonia, desprendida de la metrópoli tiene que construir su propia Patria que no sólo substituya a aquélla, sino que llegue a ser el hogar de los americanos donde se realicen sus esperanzas y donde los naturales no tengan que avergonzarse de su origen.

Toda esta construcción ideológica remata en el propósito de la entronización de una democracia basada en los principios del liberalismo burgués que entonces está en período de propagación febril. Esta posición está condensada en la declaración del Plan de Gobierno: "No intenta más este pueblo —dice— que establecer sobre bases sólidas y fundamentales la seguridad, la propiedad y la libertad de sus personas. Estos tres derechos que el hombre deposita en manos de la autoridad pública deben ser respetados con todo el decoro y dignidad que se debe; de la invulnerabilidad de éstos se sigue inmediatamente la tranquilidad y buen orden de la sociedad; mientras no se tomen las precauciones correspondientes para sostenerlos, nacen las crisis políticas que desorganizan y trastornan las instituciones sociales" (6).

Los revolucionarios de Julio, consumado el acto que prepararon, trataron de llevar a la práctica su ideal democrático popular. No estuvieron influenciados por la forma que había cobrado en Europa la democracia burguesa. En los primeros instantes dieron a aquel ideal de democracia, un contenido práctico y real, a través de una institución que había introducido la monarquía en las colonias: el cabildo comunal. Al llamar a Cabildo abierto con la participación del pueblo desde fuera del recinto de las deliberaciones de sus miembros, la Revolución entregó la facultad de iniciativa para la formulación de medidas prácticas y de la legislación, al pueblo mismo reunido en la plaza, reservando para el Cabildo las fases de deliberación y aprobación. Pocos días después, fué introducido un sistema representativo que, combinado con el Cabildo, afirmó aún más las raíces democráticas del nuevo sistema.

LA PROCLAMA Y EL PLAN GENERAL DE GOBIERNO

El pensamiento avanzado de la Revolución de Julio es claro a través de dos documentos sumamente importantes: el Plan General de Gobierno y la Proclama que lanzó la Junta Tuitiva, cristalizando aquellas ideas en la creación y funcionamiento de la Junta Representativa y Tuitiva.

El Plan General de Gobierno suscrito el 20 de julio por Gregorio García Lanza, Juan Basilio Catacora y Buenaventura Bueno como representante del pueblo, pero cuyo autor fué el presbítero José Antonio Medina, cura de Sicasica, llamado el "oráculo" de la Revolución, fué presentado al Cabildo abierto el día 21 y aprobado el 22. En este documento están señaladas las líneas generales de la Revolución para instaurar un nuevo tipo de gobierno compatible con la dignidad y la independencia de los americanos.

En el Plan de Gobierno se prevé justamente el desarrollo económico de la provincia, disponiéndose el estímulo de las relaciones comerciales con las demás provincias a base del fomento de la propia producción y el intercambio de recursos y elementos necesarios producidos por economía ajena. "El comercio —dice el Plan— es la fuente de la felicidad pública; de las relaciones que nacen de este principio se siguen las confederaciones, así de interés particular como de político, y últimamente se exige o forma una barrera insuperable contra los ataques y esfuerzos de la traición y de la tiranía" (7). Se prohibe al mismo tiempo el envío de los recursos provinciales recaudados, a Buenos Aires, concluyendo así el antiguo sometimiento económico del pueblo al aparato de la monarquía.

El Plan de Gobierno es exigente en la necesidad de substituir las viejas autoridades coloniales de toda la provincia con otras nuevas que respondan al espíritu y al contenido de la Revolución. En este aspecto se puede notar ya la plena ejecución de la idea de independencia total del Alto Perú con relación a España. Aún más: para afirmar esta autonomía, se dispone el envío de comisiones con misión de agitadores y propagandistas a las provincias vecinas del Alto Perú y a las del virreinato de Lima y Buenos Aires. El nuevo régimen, según el Plan de Gobierno, debe establecer como bases de su constitución "la seguridad, la propiedad y la libertad de las personas" Trazado así el bosquejo de un nuevo Estado sobre la caducidad de la Colonia, el Plan de Gobierno dispone detalles para la seguridad y defensa del movimiento revolucionario y su sistema.

El Plan de Gobierno tiene su expresión rotunda ante el pueblo americano, con la Proclama que pocos días después de su organización, lanza la Junta Tuitiva. Documento del cual se sabe autor al mismo presbítero José Antonio Medina, sintetiza magistralmente no sólo el pensamiento de las élites revolucionarias, sino sobre todo la profunda ansiedad que se encierra en la entraña popular. En este sentido, la Proclama revela una plena conciencia de los despojos sufridos, de los agravios soportados, de los constantes rechazos recibidos y de las reparaciones debidas. La Proclama es así, la verdadera voz del pueblo.

Expresando que las masas criollo-mestizo-indígenas han logrado madurez y han adquirido conciencia de la opresión que padecen, la gravedad de la Proclama se eleva para anunciar a todos los oprimidos del Perú y la América, que también sabrá remediar, bajo un mismo nivel, su servidumbre, su esclavitud y su sometimiento, y señala el camino que aquellas masas han avizorado para su redención: conquistar su libertad, restaurar su dignidad y construir su propia Patria para gozar en su propio suelo de los dones naturales de que fueron despojados. De esta manera, la Proclama con lenguaje de multitud, ha sabido también bosquejar el esquema del próximo porvenir: la fundación de una Patria en la que las multitudes nativas encuentren satisfacción creando, por su propio esfuerzo y con su propia levadura popular, una Patria en la que concluyan todas las opresiones y todas las tiranías y donde los perseguidos, los humildes y los necesitados, sean ciudadanos de un mismo Derecho y gocen de una misma economía, que los privilegiados.

(1) Gustavo A. Otero.— "Don Pedro Domingo Murillo y su Tiempo".— Pág. 162.— Im. y Ad. Artística.— La Paz.
(2) Alcaldía Municipal de La Paz.— "Diarios de la Revolución del 16 de Julio de 1809".— Pág. 39.— Ed Universo.— La Paz.
(3) Gustavo A. Otero.— Obra citada.— Pág. 150.
(4) Subrayado nuestro, A. V. V.
(5) Manuel Carrasco.— "Don Pedro Domingo Murillo".— Pág. 100. Ed. Ayacucho.— Buenos Aires.
(6) Manuel Carrasco.— Ob. citada. Pág. 123.
(7) Manuel Carrasco.— Ob. citada. Pág. 122.



El Humor Popular Islámico

por KAREL J. SOBOTA

DESDE las regiones remotas del Turquestán hasta Marruecos, desde el Cáucaso hasta Africa Central, por muchos siglos, entre los pueblos islámicos, se cuentan anécdotas cuyos protagonistas son las figuras de califas, sultánes, vizires, cadíes, derviches, moláhes, el Kaká Siyáh o tío negro, y ante todo, la figura más conocida en todos los países islámicos, Nasrettin Hodja, como lo llaman los turcos, o Moláh Nasheddín, en el Irán, y por fin Djuhá o Gohá en las tierras árabes.

Este Fígaro, bohemio y poeta del Oriente islámico, acompañado frecuentemente por su burro, hace bromas de sus prójimos y a veces de toda la aldea. Nadie está seguro ante sus chistes que tienen su lógica especial. Los historiadores han tratado de encontrar el origen de esta figura famosa, digan de la fantasía de los pueblos de las Mil y Una Noches. Según una tesis, en el siglo X., vivía en Kufa cierto Djuhá, de la tribu Tazara, cuyas bromas probablemente dieron origen a la figura de Nasreddín.

La característica principal de una anécdota islámica es la presencia de ánimo y su colorido filosófico y moral. Muy frecuentemente el grano de la anécdota es un juego de vocablos que no se deja traducir. Este juego es muy popular en los pueblos del Islám, y las obras más serias de algunos místicos del Oriente contienen bastantes ejemplos de esta clase de humor.

El mundo occidental conoce muchas historietas de califas, sultanes, vizires y cadíes. En los numerosos reinados y condados islámicos, el sultán generalmente era a la vez el juez de su pueblo, y la constitución democrática del Islám daba a todos los súbditos el derecho de apelar al soberano. Sus sentencias eran inapelables y no pocas veces muy extraordinarias, pero los súbditos las aceptan con la filosofía resignada de los hijos obedientes del Alá. Miles de historietas se cuentan del deudor y acreedor, del hombre que recibe alhajas de su amigo para guardarlas, de dos mujeres que se disputaban un niño, etc.



El derviche y el moláh generalmente se oponen en las historietas a una persona poderosa, al sultán vanidoso, al comerciante rico, al soldado. Con su respuesta rápida y atrevida, llena de humor y presencia de ánimo, vencen a la fuerza y al dinero en las tierras donde hasta los sultanes y conquistadores más crueles ansiaban ser poetas. En la historia del Oriente un poeta con un verso oportuno salvaba en ocasiones a sí y a su pueblo de un destino cruel de las manos del conquistador.

La figura del bonachón viejo o tío negro, Kaká Liyáh, o Habashi, el Abisinio, se conoce principalmente en el Irán y Afghanistán. Siendo él mismo generalmente inofensivo, es blanco de bromas populares. Kaká Siyáh es persona extremadamente crédula y así provoca las bromas de sus prójimos.

Otra expresión del humor popular islámico son los proverbios, entres los cuales hay muchos de origen literario, provenientes de obras de poesía. Los pueblos islámicos tienen gran amor a la poesía y la gente más modesta sabe recitar a veces centenares de versos de sus poetas nacionales. Muchos versos cargados de buen humor se han hecho populares en la boca del pueblo que los emplea corrientemente en su conversación diaria. Se considera gran arte conversacional si uno puede contestar a un verso con otro verso instantáneamente improvisado en la misma medida poética.

Los cuentos de hadas orientales son una fuente rica de buen humor. Además de los cuentos de Mil y Una Noches, de origen muy antiguo, probablemente indostánico, cada pueblo islámico tiene sus cuentos nacionales, casi siempre versificados y relacionados con las hazañas de sus reyes y héroes.

A continuación algunas muestras del humor de los hijos de Alá.

NASRETTIN HODJA EN LOS BAÑOS

Un día Nasrettin Hodja fué a baños públicos. Allí no fué objeto de atención especial. Le dieron una toalla vieja, un manto raído y le condujeron a un cuarto de baño sucio. Nasrettin se bañó, secó, vistió y al salir, dió a los empleados una moneda de oro. Todos se agruparon alrededor de él, agradecieron la propina y lo acompañaron hasta la puerta principal. Una semana más tarde, Nasrettin viene de nuevo. Todos los empleados corrèn a recibirlo, saludan muy cortésmente, le entregan una toalla de seda y un manto nuevo y lo conducen al mejor cuarto de baño. Al salir Nasrettin les regala una moneda de cobre. Sorprendidos todos, preguntan si no se ha equivocado. "No", contesta Nasrettin, "hoy les he dado propina por la atención de la semana pasada, y la última vez les di propina por la atención de hoy día".

EL POETA Y EL COMERCIANTE

Un poeta viaja al extranjero y entrega sus alhajas a un comerciante para que se las guarde. Cuando vuelve del viaje, reclama sus alhajas, pero el comerciante niega haber recibido cosa alguna. El poeta se queja ante el cadí. "Vé a tu casa", le dice el cadí, "mañana el comerciante te trae tus alhajas". En la tarde, el cadí visita al comerciante y le confía que intenta nombrarle su lugarteniente, porque considera al comerciante persona muy honesta y porque nunca había oído queja contra él. Se regocija el comerciante y temiendo que el poeta podría quejarse ante el cadí, a la mañana siguiente le devuelve sus alhajas, disculpándose que reciente enfermedad le había afectado su memoria.

SEIS PANES

Un hombre solía comprar todos los días seis panes. Su amigo le preguntó qué era lo que hacía con ellos. "Uno de ellos conservo, uno echo, dos panes devuelvo y dos presto". Dijo el amigo: "No te entiendo bien, explícame". "El pan que conservo, como yo. El pan que echo, doy a mi suegra, los panes que devuelvo, entrego a mis padres, y los otros dos que presto, doy a mis hijos".

DOS ASTROLOGOS

Un sultán soñó que se le caían todos los dientes. Desesperado, en la mañana llamó a un astrólogo para que le explicara el sueño. Predica el astrólogo que el sultán verá morir a todos los miembros de su familia y a todos sus buenos amigos. El sultán, indignado, mandó ejecutar al astrólogo. Llamó a otro que explicó el sueño diciendo que el sultán iba a vivir muchos años, más que toda su familia y sus amigos. Agradecido y contento, el sultán entregó al astrólogo un valioso regalo.

EL TURBAN DEL DERVICHE

Un ladrón le robó el turbán a un derviche. El derviche fué al cementerio y se sentó a la puerta. Le preguntaron: "Por qué esperas aquí mientras que el ladrón huyó en dirección de los jardines?". Contestó: "Finalmente vendrá aquí".

LA CAUSA DE MUERTE

A un médico le preguntaron cómo estaba su hermano. Dijo: "Murió". "Y qué era la causa de su muerte?". Contestó el médico: "Su vida".

LA SUBIDA DEL ASTROLOGO

Ahorcaban a un astrólogo. "Y tú qué lees en las estrellas, has visto jamás cómo terminarías tu vida?". "Yo vi en las estrellas que iba a subir, pero no sabía que sería a una horca".

ALGUNOS PROVERBIOS

Si necesario y cuando ya no puedes huir, toma la espada y lucha (Persa).

Donde hay dos amas de casa, el polvo llega a las rodillas (Persa).

Quien ha visto a un muerto, está contento con la enfermedad (Turco).

Los ricos tienen dinero, los pobres, niños. (Turco).

Quien miente, debe tener buena memoria. (Turco).

Por muchos marinos se hundió el barco. (Arabe).

El bienestar del hombre en el callar de su lengua. (Arabe).

La Paz, mayo de 1954.



LETANIA DE ORURO

CUANDO el minero baja
desde la mina a Oruro,
Oruro se le quema
en luz sobre el carburo,
que Oruro suena como
un ronco río oscuro.

Oruro y su espejismo
vuelto mar al crepúsculo
transforma a los mineros
en marineros turbios,
mientras las hilanderas
de grises pies desnudos
transitan por el cielo
como vellones de humo.

Cuando el Minero baja
desde la noche a Oruro,
Oruro se le duerme
sobre su pecho duro,
Oruro como un niño,
Oruro,
Oruro ya en el sueño,
Oruro...

MANUEL J. CASTILLA

EL AHOGADO

CUENTO

por

JAIME CANELAS LOPEZ

El agua ha sido para mí la duda. Aún en sus formas más claras, por ejemplo el agua del molino, era parte del enigma que nunca comprendí. Ahora recién me lo explico todo.

Desde chico me llamaban "carro-basurero", porque era un todo de mugre, y mi cuerpo trascendía un mal olor de costumbre, fruto de roña y toxinas. Mi madre me instaba los domingos a bañarme con agua y jabón; me tomaba de los cabellos con ira; me sumergía en el agua y allí estaba yo con mis ojos-submarinos, paralizado de terror, hasta que me recuperaba en la cama, vuelto a la vida por medio del uso cotidiano del llanto. Tanto duraban mis lágrimas que, al fin, ellas vencían; por eso escaseó agua y jabón en mis años escolares. De colegial, nadie me obligaba a la ducha, y sólo temporalmente acudía, yo solo, a los arroyos, donde tras mucho cavilar sobre el agua, sumergía medio cuerpo, dejando la otra mitad sin compromiso. Era esta libertad frente al agua lo que más me placía; podía introducir las piernas, si quería, y no el sexo; las manos y no el pubis; los ojos, los cabellos, los labios, y no el vientre. El agua era para mí, por aquellos tiempos, el símbolo de cosas aún remotas, que no pude comprender sino con la muerte.

Excepto Pedro Crespo, nadie fué amigo en el Colegio. Hedía hasta ofenderles; los profesores detestaban mi porquería, y aun el portero desconfiaba de mis negras manos mugrosas. Pedro me defendía de las burlas.

Había, frente de casa, una muchacha bonita, de pelos muy rizados, blanca como las palomas de pico dorado, y muy caritativa, pues siempre la veía dar limosna a los pobres, al revés de mi madre que de a pocas no los echaba a empellones. Comprendo que era nuestra miseria. Hacía rato que mi hermana andaba con un pelafustán que no le daba medio. Mi madre estaba enferma, le salió sarpullido en la cara y en las manos, y mi padre... bueno, mi verdadero padre murió cuando mi infancia.

La muchacha bonita se llamaba Alicia; era hija de la tendera. Por las noches, cuando me acercaba como las polillas a la luz de la tienda, ella se plantaba en el umbral conversando, en voz baja, conmigo. Su madre roncaba dentro, por costumbre; sólo ella, blanca como las palomas de pico dorado, permancía sin sueño o, mejor dicho, como un sueño frente a mí, casi sin despertarme.

Con todo, el agua seguía siendo para mí cosa de temer. Y de atraer también, pues nunca sentí por ella tanto hechizo como viendo a Alicia bañarse en el río, con Juana y Rosa, sus amigas, en una tarde compestre. El agua fluyente se apoderaba de esos cuerpos morenos, rellenaba sus formas graciosas e iba, ondeante y bulliciosa, llevándose su espuma. El agua me llamaba desde el cuerpo de Alicia, como debe llamar el vacío del cielo nocturno a los ojos de los amantes. Al fin, me desnudé tras de unos sauces. Estaba a unos veinte metros de las muchachas; el agua, casi turbia, reía al deslizarse a través de las piedras. Pero fué una experiencia terrible. Al dejar que me arrastre la corriente, hundí la cabeza y tragué agua, me sacudí como un maniático, y cuando al fin unos chiquillos me arrancaron del agua, cien metros más allá, como un muñeco despanzurrado, reía Alicia y sus amigas me tomaban a burla.

Fué entonces que declaré duelo al agua. Me pasé una buena temporada bebiéndola sin cesar, como queriendo darle fin, y me hubiera tragado el mar, los ríos y las fuentes, de no haberse deshidratado tan pronto mi organismo. Mis huesos parecían licuados y mi andar un sumegirse en algo que no era nada ni vacío, ni tampoco materia, pues aún me sostenía por gracia de algún átomo.

No conocí el tibio resguardo del hogar en noches de aguacero. Medía, punta a punta, los filos de la ciudad, bajo el duro chaparrón que castigaba mi cuerpo. No digo que me costó sólo un esfuerzo resistir la sensación del agua que parecía penetrar mis fibras, correr por los canales de mis venas, mezclarse a mi sangre, y producir una especie de ahogo interior del que salía dando coces y gritos. Más de una vez, algún ser piadoso me debió prestar auxilio en medio de estas conmociones interiores que me desorbitaban y extenuaban hasta la postración más horrorosa. Era mi empeño cubrirme de agua fuera y dentro, en un desafío sin tregua. Sólo conocí el descanso cerca de ella. Las noches con Alicia, en el umbral de la tienda, mientras roncaba la madre.

Aún más: por las noches, espiando el sueño de mi hermana y sus criaturas —mi madre había muerto tiempo atrás—, en puntas de pies me deslizaba hasta el grifo del patio, y le daba vueltas. Ese sonido persistente del agua fantasma que cae sobre piedras, me llenaba de angustia. Mas, ¿no estaba empeñado en mi liberación? Alicia esperaba, blanca como las palomas de pico dorado.

Luego, venía el sueño. Noches de fiebre, noches de terror. A veces el hombre sórdido que visitaba a mi hermana, al pasar por mi lecho, de retorno a su casa, conmovido tiraba de mis orejas por despertarme. Era un tizón ardiente mi cuerpo entre las sábanas.

Mi experiencia definitiva —si se puede hablar de experiencia en lo muerto, no en lo vivo—, la tomé en el cuartel. Conocí otros tipos de sufrimiento. Po ejemplo, el sufrimiento de mostrarme desnudo ante los demás. Hasta entonces yo mismo no conocía sino fragmentos de mi cuerpo. No era que no lo ví nunca, sino que ciertas partes de éste me eran extrañas. Cuando ví en los demás la correspondencia que tienen unas partes con las otras del cuerpo, sufrí un poco —¡pobre de mí!— sabiendo que las manos, abiertas como pámpanas, sirven para cubrir los órganos sexuales; que los ojos cobran un brillo penetrante y los músculos hacen jugar sus émbolos feroces al desnudarse la naturaleza.

.. Así y todo, nada hubiera ocurrido de no tener dentro de mí la preparación del miedo. El agua era mi pasión y mi duda.

A la semana de estar en el cuartel, el sargento nos llevó al río. Era una tarde calurosa.

—¡Cabo! —gritó— ¿Qué espera este soldado?

—Es un tipo medio chiflado, mi sargento. —Informó el cabo. —Lo llaman carro-basurero".

—¡Al agua, a culatazos!— ordenó el sargento.

El golpe me lanzó al vacío. Mi mente estaba obscura. Sentí por un momento el don del equilibrio. Era una pausa. Tal vez ése era el estado ideal: entre el agua y el aire, mi corazón latía un temor de hace mil años, unido a la felicidad de no reconocer la vida o la esperanza por delante. Ví a lo lejos los rostros turbios de los soldados que se zambullían desde lo alto; más allá el sargento y el cabo parecían desnudarse.

De pronto, estaba lejos, muy lejos. Estaba dentro de un molino, con la sensación de que se me trituraba la garganta. Eran mis brazos, enormes aspas de angustia que buscaban asidero en el aire, al par que se hundían en la morada desconocida. No recuerdo haber clamado auxilio; no conocí jamás ese sentimiento.

Ya dentro, sentí calor; luego, poco a poco, el frío y la desorientación, al punto de no saber dónde quedaba la vida, si hacia arriba o hacia abajo. ¿Dónde quedaba la cabeza?

Después sentí alivio; un nuevo mundo penetraba en mí, con claridad insospechada. Parece que se me daba una posibilidad de volver, de buscar por algún sitio del cuerpo la reserva de un átomo de aire y emplearlo a modo de cohete para salir disparando hacia los hombres.

—¡El agua —pensé— El mundo la conoce por su forma! ¡Este es el error!...

Y sonreí; tal vez fué la primera sonrisa de mi espíritu.

Por la noche, al pasar lista, nadie respondió por mí en el cuartel. Se destacó una comisión. Se me encontró, trenzado entre raíces subterráneas, al tercer día. Para entonces, gracias a Dios, yo estaba muerto.

Cochabamba, mayo de 1954.

LA SECTA DEL LOTO BLANCO

Había una vez un hombre que pertenecía a la secta del Loto Blanco. Muchos, deseosos de dominar las artes tenebrosas, lo tomaban por maestro.

Un día el mago quiso salir. Entonces colocó en el vestíbulo un tazón cubierto con otro tazón y ordenó a los discípulos que los cuidaran. Les dijo que no descubrieran los tazones ni vieran lo que había adentro.

Apenas se alejó, levantaron la tapa y vieron que en el tazón había agua pura, y en el agua un barquito de paja, con mástiles y velamen. Sorprendidos, lo empujaron con el dedo. El barco se volcó. De prisa, lo enderezaron y volvieron a tapar el tazón.

El mago apareció inmediatamente y les dijo:

—¿Por qué me habéis desobedecido?

Los discípulos se pusieron de pie y negaron. El mago declaró:

—Mi nave ha zozobrado en el confín del mar Amarillo. ¿Cómo os atrevéis a engañarme?

Una tarde, encendió en un rincón del patio una pequeña vela. Les ordenó que la cuidaran del viento. Había pasado la segunda vigilia y el mago no había vuelto. Cansados y soñolientos, los discípulos se acostaron y se durmieron. Al otro día la vela estaba apagada. La encendieron de nuevo.

El mago apareció inmediatamente y les dijo:

—¿Por qué me habéis desobedecido?

Los discípulos negaron:

—De veras, no hemos dormido. ¿Cómo iba a apagarse la luz?

El mago les dijo:

—Quince leguas erré en la oscuridad de los desiertos tibetanos, y ahora queréis engañarme.

Esto atemorizó a los discípulos.

RICHARD WILHELM. De los *Chinesische Volksmaerchen.*

ACHACHILAS

por RIGOBERTO PAREDES

Al cumplirse un nuevo aniversario de la desaparición del ilustre escritor Rigoberto Paredes y como un homenaje a su esforzada tarea de investigación en nuestro folklore, reproducimos una página que él mismo —poco antes de su muerte— corrigió y retocó, introduciendo modificaciones en el texto original.

MAYOR vitalidad ha tenido en la mitología indígena y sigue teniendo aún, la creencia en los achachilas, o sea la de considerar a las montañas, cerros, cuevas, ríos y peñas como antepasados que originaron la vida de cada pueblo, y que por este motivo nunca descuidaban aquellos de velar por el bien de su prole.

Entre los Achachilas, a unos los tienen como a principales troncos de grandes pueblos en pleno goce de sus fuerzas y magnitud, tales eran el lago Titicaca, el Illampu, el Illimani, el Caca haqque o Huayna Potosí; otros eran de menor importancia y cepa de tribus insignificantes. Del Illimani cuenta que era muy querido por el Dios Huirakhocha y como la montaña vecina, que era más elevada y corpulenta, celosa de tal cariño lo hubiera maltratado, se quejó a Huirakhocha, quien de un terrible hondazo descabezó a la envidiosa, quedando desde entonces truncada y con el nombre de Mururata; la cúspide fué a parar a las pampas de Oruro, donde aún hoy se la encuentra junto al Sajama, montaña aislada en medio de la llanura de Oruro, cuyo amparo solicitó y le fué concedido. El Achachila de los uros decían que era el légamo de donde éstos habían brotado al contacto del Sol y que por eso eran despreciables, de poco entendimiento, ásperos y zahereños, que vivían en balsas de totora, contemplando constantemente desde la superficie de las aguas a su progenitor, el limo del lago (1). Los Lupi haqques o lupakas, los Omasuyos y Pacajes, se suponían de una prosapia superior nacidos de los amores del Illampu con el Lago Titicaca, amores que aún perduran y que se puede notar en las noches serenas y claros de luna, como y con qué nitidez refleja sus cristalinas aguas la blanca imagen del portentoso nevado, cual si tuviera recostado en las profundidades de su misterioso seno. Esta creencia influyó para que el indio considere al lago como madre poseída de infinita bondad para sus hijos, a los que sustenta con los peces que da vida y fertiliza sus tierras con las aguas que por múltiples ríos les envía el Illampu para que las distribuya.

El indio, cuando de alguna altura llega a divisar el lago sagrado se llena de alborozo e inmediatamente se descubre la cabeza y con el mayor fervor le saluda implorándole su protección con los brazos levantados y la palma de las manos abierta, en actitud profundamente religiosa. Dicen que engordan los animales que beben sus aguas y se hacen fecundas las mujeres que en sus orillas acostumbran apagar su sed con ellas.

En cuanto al culto que rinde al Illimani existe la costumbre de hacer nudos cada persona que asciende a la cumbre de la colina denominada "El Calvario" en la paja que crece en el tránsito, precisamente efectuada la operación con la mano izquierda, imbuídos por la idea de que por cada nudo que hacen les será perdonado un pecado; igual perdón merecerá quien atraviesa el desfiladero que une la cúspide con otro cerro, situado el paso encima de un peligroso precipicio y lo pase y repase por repetidas veces. Es un error suponer que a dicho cerro "El Calvario" ofrendan, sino que aprovechan de su cima para ofrecerle su culto al Illimani, Huayna Potosí o Illampu, según la creencia que domine a indios y mestizos; esta costumbre la realizan propiamente con objeto de contemplar desde ese lugar la resplandeciente cúspide de la montaña que constituye su Achachila y tributarle en secreto, rodeando el acto del mayor misterio posible, su rendido homenaje. La misma o parecidas ceremonias, son las que acostumbran los naturales de otros pueblos al buscar y situarse en alguna altura desde donde puedan contemplar su cerro o montaña predilecta y ofrecerles sus sacrificios. Habitante el Kolla de la altiplanicie, verdadero montañés, ineludiblemente tuvo que connaturalizarse con la montaña convirtiéndola en su deidad favorita, objeto de su mayor veneración.

Una prueba del profundo respeto que tiene por las montañas la manifestaron en 1898, cuando Sir Martín Conway trató de realizar su ascensión al Illampu, los indios interpretando como una profanación a su deidad predilecta trataron de sublevarse y atacarlo, por lo que Conway sólo pudo efectuar a medias su intento y escapar así del furor de los indios.

En Sucre se hallan situados los cerros llamados Sicasica y Churuquella en cuyas faldas se extiende la bella ciudad, los cuales gozan entre los indios de la condición de ser también sus Achachilas, suponen que el primero es el macho y el otro la hembra y los convierten en amantes petrificados, cepa de su raza. Al presente creen que su interior está habitado por un hada, que cuando se muestra en horas avanzadas de la noche o cuando el lugar se halla absolutamente desierto y silencioso, toma el aspecto de una mujer bella, de cabellera abundante color oro, tez unas veces morena y otras blanca, sus ojos son dos luceros y todo su conjunto admirablemente seductor. Dicen que viste a la usanza de una india joven y elegante o sólo cubre su cuerpo desnudo con una túnica transparente. Al que tiene la dicha de encontrarla, le sonríe pero no permite que se la aproxime, guardando con el que le persigue cierta distancia insalvable que nunca disminuye, porque a medida que el persecutor se acerca, acelera sus pasos, ella atraviesa por riscos y senderos extraviados y desaparece en una revuelta del camino o en su pliegue del terreno. Muchas veces han encontrado en lugares que suponen han transitado indios muertos, que atribuyen a la acción de esta hija del cerro, por haber cometido con ella alguna irreverencia. En horas avanzadas de la noche suelen verla sentada en una piedra de la quebrada o hualku de la ciudad, fascinando a los incautos que se atreven a requebrarla (2).

Sobre la cúspide del Churuquella se ha erigido un monumento al Santísimo Corazón de Jesús en 1925. La enorme imagen vaciada en bronce se halla con los brazos biertos y extendidos hacia la ciudad, en actitud de ampararla; en el pedestal se ha formado una pequeña capilla con cuatro puertas en sus cuatro costados, donde personas devotas, particularmente las del pueblo hacen celebrar viernes y sábado de casi todas las semanas sus misas. Con tal motivo en las montañas de esos días se escucha frecuentes truenos de cohetes y aún de camaretas; tampoco pierden la ocasión de repetir tal ceremonia en cualquier otro día de fiesta cívica o religiosa. ¿Es a la imagen de bronce que se yergue en aquela cima a la que realmente rinden su culto?. La preferencia y constancia con que la realizan hacen suponer que es al genio tutelar invisible que para la imaginación popular representa el cerro a la que ofrecen sus preces desde lo más hondo de su espíritu; es el ancestro que les obliga a ello.

Al pie del pedestal de la imagen han improvisado un tabuco en cuyo interior encienden los concurrentes sus velas de cebo, implorándoles su protección.

Tales ceremonias las practican comunmente en las cimas accesibles consideradas, en otro tiempo, de augustas y sagradas, que dominan valles o llanuras o que se elevan junto a los pueblos en cuyas faldas o alrededores se extienden éstos, por cuyo motivo y para extirpar la idolatría a que daban lugar, las coronaron de capillas y adoratorios, como se ha hecho en el Churuquella, que desde el suelo al remate, se asciende por el cómodo camino de automóviles, cubierto a cada paso de adoratorios a cual más elegantes. Pero en vano, porque el culto sólo parece transformado en sus exterioridades, siguiendo en el fondo igual que antes. El alma pagana del creyente no ha podido ser modificado por completo, puesto que los mismos sacerdotes católicos en distinta forma la mantienen.

Entre los indios predomina la idea de considerar a dos cerros que se encuentran contiguos o frente el uno del otro como macho y hembra, atribuyéndoles la tradición de que en tiempos pretéritos, cuando la vida que los animaba lo permitía, fueron los progenitores de sus remotos antepasados. Es así cómo los aborígenes que habitan la región de Andacaba, suponen que los dos cerros que se elevan allí son sus Achachilas y bajo este concepto los veneran. Respecto al nombre que tiene, cuentan, ya no los indios sino los blancos, que un minero desgraciado que se lamentaba de su suerte por no haber encontrado la riqueza que había soñado en Potosí, consultó a su brujo, quién le llevó a una altura y señalándole con el dedo aquellos cerros, le dijo sentenciosamente: "Si Potosí se acaba anda y caba", aunque lo más probable es que esa denominación se deriba de las palabras Ancha-Kkahua demasiado concavo. El minero obedeció el mandato y se fué al punto indicado y encontró las riquezas que ansiaba, encerradas en su seno, las cuales estaban guardadas para sus descendientes y que este español ambicioso se lo apropió, dando lugar para que otros mineros sigan su ejemplo, probando así que sus metales son inagotables hasta el presente.

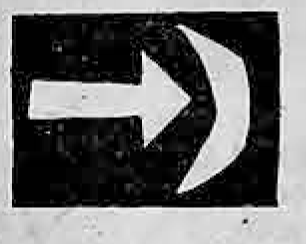
Los indios de Potosí adoran además el cerro de San Juan de Parichata que se encuentra situado a las catorce leguas de la ciudad, frente al Tata - Trqui, que también es otro cerro venerado por ellos, ambos son conceptuados como sus Achachilas y protectores paternales. Cuentan que en el primero trabajaban los españoles durante el régimen colonial, varias minas de plata mediante obreros indígenas a quienes les abrumaban demasiado imponiéndoles labores excesivas con el mayor rigor. Afligidos los indios clamaron al Parichata para que hiciera desaparecer las vetas; sus plegarias y lamentos fueron tan tiernos y acompañados de abundantes lágrimas, que el cerro escuchó el clamor de sus hijos y presuroso resolvió remediar los males que pesaban con tanta crueldad sobre ellos.

Los Quillacas se titulan hijos del lago Poopo que según las creencias indígenas estaban consagrados a la luna, por lo que se llamaban hombres de la luna Quilla - haqques. Al Potosí se le tenía además como antecesor de los Chayantas, y al Tata - Sabaya de los Ckara - Kankas o Carangas. El Sajama y el Tunari, el río Cachimayu, el Picomayu, etc. etc., se les reverenciaba como Achachilas de los pueblos próximos a esas montañas o ríos.

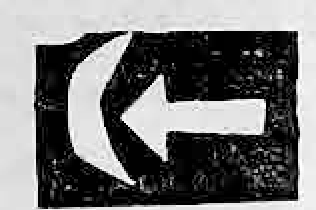
Sin perjuicio de adorar el indio a su Achachila, cuando al trasmontar una altura o doblar una ladera, ve por primera vez cualquiera de esas montañas, cerros o ríos, inmediatamente se pone de rodillas, se destoca el sombrero y se encomiendan al Achachila que supone mora en el lugar, aunque no sea el suyo, y en señal de que lo reverencia le ofrece coca mascada que la extrae de la boca y respetuoso cual si ejecutase una ceremonia la pone en el suelo.

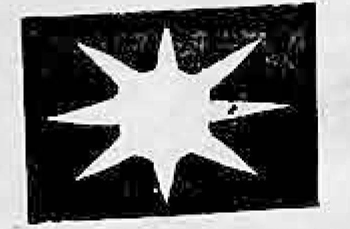
(1) A los uros les llaman también CHANCUMANKKERIS, comedores de ciertas plantas acuáticas de los géneros MYRIOPHYLLUM, POTOMOGETON, CLANOPHORA, ELODEA y CHARA. La tradición cuenta de ellos que fueron trasladados, en tiempos remotos, en calidad de esclavos de las costas del Pacífico, por el gran conquistador kolla Taquilla, y distribuidos en las riberas de los lagos del altiplano, donde se les dedicó exclusivamente a la pesca. De aquí proviene a que se nombre CHANCUS, a los que aún quedan por aquellas regiones.

(2). Datos confirmados por los doctores Gregorio Mendizábal y Manuel María Arce, profundos conocedores de las tradiciones y leyendas de su pueblo natal.









DOS POEMAS INFANTILES

SALIDA DEL COLEGIO

EN las campiñas desiertas
Se oyen mil voces divinas
Cuando clausura sus puertas
La escuela de campesinas.

Y bajo los olivares
Una fuente pintoresca
Canta y canta sus cantares,
Sus cantares de agua fresca.

Sobre las líricas viñas
Las almas se vuelven flores,
Las flores se vuelven niñas
Y las niñas, ruiseñores...

Y en la rubia tarde de oro
Cuajada de alegres grillos,
Cada pino es un sonoro
Colegio de pajarillos...

MI LIBRO

Es un libro de colores
Salpicado de chiquillos,
De mariposas y grillos
De flores y picaflores...
Se iluminan sus pinturas
Llenas de soles y auroras
Y me charlan las figuras
De sus páginas sonoras.
En él hay genios terribles
Que en las dulces horas mías,
Tocan nuevas sinfonías
Sobre pianos invisibles...
Es una caja de trinos
Y de risas infantiles,
De juguetes cristalinos
Y canciones pastoriles...
Cada hojita que deslizo
Es un vidrio de colores
A través del cual diviso
Paisajes encantadores.
Y entre flores, y entre grillos,
En sus páginas se encierra
Un resumen de la tierra
Para dar a los chiquillos.

OSCAR ALFARO

La Televisión se Desarrolla más que la Radio

ACTUALMENTE, 21 países poseen servicios públicos de televisión; en otros siete se están realizando emisiones de ensayo y 24 más se están ocupando en los preparativos de su introducción. La televisión se va extendiendo continuamente y con mucha mayor rapidez que, hace veinticinco años, la radio, cuya expansión parecía sin igual en aquel entonces. En todas partes, se están levantando emisoras y estudios de televisión; se van creando líneas de cables e instalaciones de rayos dirigidos, a fin de transmitir los programas dentro del país y al extranjero. En los Estados Unidos, naturalmente, la evolución resulta tempestuosa. En el curso del pasado año, se inauguraron 225 estaciones nuevas, con lo que, a principios de 1954, el número total de estaciones de televisión llegó a 360. Para este año, se calcula un aumento de doscientas estaciones más, ya que el plan norteamericano de distribución de ondas prevé hasta 2053 emisoras de televisión. En las grandes metrópolis compiten ya hasta siete emisoras. A fines del año pasado, más de 27 millones y medio de familias norteamericanas poseían aparatos de recepción y en las poblaciones de mayor extensión nueve de diez casas están provistas de televisión.

La red de cables y relés de rayos dirigidos, que conecta las diversas emisoras desde el Atlántico al Pacífico, ha alcanzado una longitud de 75.000 Km. casi dos veces la circunferencia terrestre. Este asombroso desarrollo se paga exclusivamente con los ingresos proporcionados por las emisiones publicitarias, cuya cifra anual importó 235,7 millones, en 1951; 324,2 millones, en 1952; y todavía más en 1953. Los televisionistas norteamericanos no pagan derechos de recepción, pero se avienen a que, de vez en cuando, la emisión se interrumpa cada cuarto de hora para pregonar mercancías de toda clase.— Casi en todos los estados centro y suramericanos existen empresas emisoras particulares al estilo norteamericano. También en el Canadá se está desenvolviendo rápidamente una gran red de emisoras, en cuya organización compiten la "Canadian Broadcasting Corporation" y compañías particulares, sistema empleado igualmente por el Japón, donde hoy actúan solamente tres emisoras y se proyectan treinta más hasta 1957. En la mayoría de los países europeos se opina que la televisión, al igual que la radio, ha de ser, en primer lugar, una institución cultural, no una empresa comercial, lo que es en los Estados Unidos.

Excepción hecha de Mónaco y del territorio del Sarre, donde en 1954 empezarán a trabajar dos emisoras publicitarias, a cargo de empresas particulares, la televisión se ha confiado, casi en todas partes, a las organizaciones de la radio, que son estatales o se hallan sometidas al control oficial. En el primer rango, figura la Gran Bretaña, donde la "British Broadcasting Corporation" (BBC) sigue ampliando sus servicios de televisión rápida y ejemplarmente. Los dirigentes de la BBC están convencidos de que, en pocos años, la televisión habrá alcanzado, a lo menos, la misma importancia que la radiodifusión, por lo cual invierten hasta el 20 % de sus ingresos en aquélla. Cinco emisoras principales — las más potentes del mundo — y cinco estaciones regionales abastecen al 80 % de la población, y, una vez construídas ocho emisoras pequeñas, proyectadas para los próximos años, hasta el 97 % de los habitantes se hallará al alcance de las estaciones de televisión. Sin embargo, a pesar de estos grandes éxitos, el gobierno británico, apremiado por ciertos círculos financieros, ha autorizado un segundo organismo de televisión, que subsistirá solamente a base de sus ingresos publicitarios. Este proyecto dió lugar a violntas discusiones públicas y tuvo que modificarse repetidas veces, antes de que lo aprobase el Parlamento. La nueva sociedad, controlada por el Estado, dispondrá, por lo pronto, de tres emisoras. Los programas serán proporcionados por sociedades productoras particulares; pero no deberán contener propaganda alguna. Solamente en los intermedios del programa se admitirán emisiones publicitarias, cuya duración se limitará a seis minutos.

En Francia, la televisión muestra un desarrollo contradictorio, reflejo fiel de los cambios políticos. De todos modos, en el año 1954 parece que se producirá una reorganización. Se proyecta subir los derechos de la radio y solicitar empréstitos hasta el importe de 3.000 millones de francos para poder pagar el funcionamiento de la televisión e instalar una red de 45 estaciones. En la actualidad, sin embargo, existen solamente cuatro: dos en París, una en Lille y otra en Estrasburgo; se preparan ya la de Marsella y la de Lyon. El número de los abonados no pasa de 60.000.

La red de televisión alemana se va desarrollando rápida y metódicamente. Las compañías de radio de la Alemania occidental han formado un organismo colectivo, que ya ha creado una gran red de emisoras. Existen actualmente estudios de televisión en Hamburgo — el más moderno de Europa —, Berlín Colonia y Francfort. Se están construyendo los de Stuttgart y de Munich. Funcionan once emisoras de las 33 previstas. También en Italia, la televisión ha hallado generoso apoyo. Trabajan ya los estudios de Milán, Roma y Turín, que producen un programa semanal de 35 horas, el que pasa a nueve emisoras, situadas en el norte y centro del país, que lo irradian hasta Roma. En el curso de los próximos años, también la Italia del Sur podrá participar en la televisión, mediante cinco nuevas estaciones. — También del otro lado del telón de acero, la televisión va avanzando. La Alemania oriental tiene un estudio con su emisora en Berlín, que se complementará con siete estaciones más. En Rusia existen, por lo pronto, tres emisoras, a saber, en Moscú, Leningrado y Kiev, que cuentan con 60.000 abonados.



DOROTHY LAMOUR

ALAS

por ABEL REYES ORTIZ MANSILLA

LA aviación avanza más que a paso apresurado, a brincos de saltamontes. En pocos años se ha convertido en el padre de las ciencias que puede decir a sus retoños: :"Yo a tu edad..." Porque ahora, no contenta con sobrepasar la velocidad del sonido ha conseguido doblarla. Y esto significa la liberación definitiva del hombre de la palabra, sintetiza la decadencia de la conversación, lo superfluo que resulta mediar voces entre la idea y el actuar.

El sonido aventajado en doble de su velocidad. La palabra dejada atrás como un mal jamelgo de séptima carrera. Ahora se impone pensar y ejecutar. Vivir al ritmo de la humanidad febril. Basta ya de hablar y no hacer, o de hablar y hacer, pudiendo, sin la palabrería, hacer el doble. La idea ha triunfado sobre la palabra. De la retórica pasada sólo quedará la sustancia. No más poesía que no exprese algo. No más literatura que no diga nada. No más acumulación de adjetivos. No más. No.

Ya la palabra en el mundo es un lujo. Tener tiempo para divagaciones hoy cuesta tanto dinero como los barrocos y costosos trajes de los cortesanos de la Pre Revolución. Mas acontece que este tesoro nadie lo valora ni sabe que lo posee, y en consecuencia lo derrochan sin escatimarlo, como alguien que teniendo en su bolsillo moneda extranjera hace dispendio de ella sin conocer su verdadero valor.

Bienaventurados sean los lentos que de ellos será el reino de los cielos. Lo que no quiere decir, claro, que se canonice a la tortuga.

UN PILOTO BOLIVIANO

Hace ya casi dos años que el Tte. Edmundo Gutiérrez Vaca Díez llegó a España buscando para la Aviación Boliviana nuevos conocimientos y una mayor capacidad personal. Después de un constante deambular por los campos de aviación de toda la Península, desde la soleada Sevilla hasta la montañosa Huesca, pasando por la romana Badajoz y el sueño de piedra de Salamanca, fué acumulando uno a uno, al paso que su libreta de vuelo se iba llenando de horas en su haber profesional, títulos y diplomas: el de Piloto Militar de Avión de Guerra, el título internacional "B con E" de vuelo sin visibilidad, y, ya dentro de la especialización, el título de Piloto de Vuelo sin Motor, otorgado por la Federación Aeronáutica Internacional con validez en todos los países afiliados a la misma. Más tarde, en orden a sus méritos, le fué concedido el título de Profesor de Vuelo sin Motor.

El Tte. Gutiérrez V. C. es el segundo en Sur América en permanecer el mayor tiempo en el espacio piloteando un velero. Ha permanecido 11 horas y cinco minutos en el aire a bordo de un Baby-Grunau, no pudiendo batir el record sudamericano de la especialidad por escasos sesenta minutos. El "C Superior de Plata" le fué concedido por la F.A.I. después de cumplir holgadamente los tres requisitos exigidos para su obtención: estar más de 5 horas en el aire, volar más de 50 kilómetros y subir a una altura superior a 100 metros.

Con todos estos títulos que acreditan su pericia y habilidad, el Tte. Gutiérrez V. C. tiene muchos proyectos para su regreso.

VUELO A VELA

Cuando más se manifiesta el sentido común del hombre es quizá al querer imitar a la Naturaleza. Un instinto profundo y misterioso le dice que es de ella de donde debe extraer todos sus conocimientos. Y siguiente este impulso es que sacó los grandes inventos de hoy, inventos que no son nada más que una mala copia de la Naturaleza. Mala pero suficiente para el Hombre. Para el Hombre con mayúscula para halagar su vanidad.

Desde tiempos inmemoriales observó con envidio el vuelo sereno y majestuoso —¡majestuoso! ¡Cómo le agradaba esa palabra!— de las aves. Y Simón el Mago intentó volar pagando caro su ambición; y Arquitas fantaseó con su paloma de madera; y el célebre sarraceno de Bizancio pretendió batir las alas a los gritos de la muchedumbre que luego le tuvo que recoger descoyuntado y agonizante por querer mantener para el Hombre el reinado de la Creación.

Así, de tumbo en tumbo, con más rebotes que una pelota de primera niñez, el Hombre fué del aire al suelo y viceversa, hasta que Lilienthal lo hizo. Desde entonces la soberbia del Hombre creció y creció, aunque a veces algún moderno Icaro siente sobre sí el calor que derrite su orgullo de dominador, y cae con las alas plegadas hacia la tierra, madre que siempre le recibe con los brazos abiertos, mas, ¡ay!, los puños cerrados.

Y ésto porque a su grito triunfador de: "Soy el dueño del espacio", una voz le contesta: "Yo lo soy". Y el pájaro soberbio cae.

El vuelo a vela es la poesía del dominio del Hombre en el espacio. Porque así como entre humanos hay caracteres diferentes con matices entre lo prosaico y lo sublime, así también entre volar y volar hay entonaciones distintas. Volar con la ere final es horadar los vientos y retar a los cielos. Volar con los brazos abiertos de la primera letra, es querer abrazar los aires, desear fundirse en la niebla, retozar sin prisas ni estruendos. En el velero, el Hombre es un errabundo en busca de la corriente favorable, del soplo providencial. Por ello, no quiere, no puede independizarse de la voluntad Suprema. Confía en ella. No vocea su rugido provocativo. Silenciosamente, lo único a que aspira es a confundirse con las aves, con el cuervo al que mira como a su mejor amigo pues sabe que donde revolotea o sube un alma al cielo o subirá él. Quien vuela a vela, canta a la nube, a la ladera, a la brisa, a los pájaros, al maizal. A Dios. Quien lo hace a motor, reta confiado en su estructura metálica, en su poder de águila acorazada.

Por esto, y por otros tecnicismos no al alcance de los profanos, el Tte. Gutiérrez V. C. pretende, con la ayuda del Gobierno, fundar una escuela de vuelo sin motor en Bolivia. En Santa Cruz, exactamente, por las favorables condiciones atmosféricas que regalan las pampas y los bosques.

Porque el vuelo a vela, más que una ciencia o un deporte, es una filosofía. Arriba, en su velero, el Hombre se siente dueño y señor de la Creación. Ya fué pez, ya fué león, ahora es ave. Pero no olvida que si bien tiene al mundo a sus pies, también tiene a Alguien sobre su cabeza. Eso lo siente más que el piloto de motores. Este olvida su pequeñez fortalecido por el estruendo poderoso. Aquél no: sabe que una corriente que no llegue, que una nube que no aparezca, le hará volver humildemente a la tierra, su sitio.

Entonces, el orden pre establecido se habrá roto por consentimiento, pero no por violación.

Madrid, mayo de 1954.

Burladero

No hace mucho se detuvo en la capital de Francia a un tal Gastón Riboux, que se dedicaba a visitar sistemáticamente todos los restauranes, molestando a los parroquianos a quienes veía bebiendo alcohol. Dirigiéndose a uno tras otro, les decía que para dormir como un niño de pecho y despertarse con la cabeza despejada, nada mejor que renunciar a las bebidas alcohólicas. Además, no fiándose, al parecer, del efecto producido por sus consejos, echaba subrepticiamente en los vasos de los bebedores unas píldoras causants de náuseas y espasmos gástricos.

—•—

Pero no todo ha de ser amargura en esta vida. Cierta vez, Enrique García Alvarez, emperador del astracán, no sabiendo cómo ponderar los ojos de una "ella", terminó: "Tiene unos ojos que son un cielo... ¡Un cielo!... ¿No lo creen?... ¡Un cielo!... ¡Hasta una nube tiene en uno de ellos!..."

—•—

Decía H. G. Wells: "Cuando las futuras generaciones excaven entre las ruinas de Londres y desentierren fotografías de Bernard Shaw más fotografías de Bernard Shaw y más fotografías de Bernard Shaw sería triste que creyeran que así era el inglés típico".

—•—

"En los primeros días de la guerra de España —contaba Antonio Machado—, me ví requerido, por una patrulla de milicianos, a enseñar mi documentación. Yo no llevaba encima de mí más que la credencial de Académico de la Lengua. Uno de los milicianos la miró un momento y después exclamó:

"—¿No tiene usted otra cosa? Porque esto lo tiene cualquiera...

"Y a lo mejor tenía razón..."

—•—

En su conferencia del Centro Gallego, el ilustre publicista don Salvador de Madariaga dijo que se había dado cuenta de que era gallego viendo un cuadro de... ¡Sorolla! Lo más curioso es que el pintor valenciano tardó más de seis meses en pintar su único cuadro gallego que era... ¡un día de sol! Darse cuenta de Galicia con un cuadro de Sorolla es ya cosa bastante curiosa cuando el propio pintor, que nunca se distinguió por su ingenio, dijo una vez:

—¡Si hay algo que no puedo pintar, es este endiablado verde reuma!

—•—

Para recuperar a su marido fugado, una berlinesa publicó en un periódico el anuncio de su muerte con día y hora del entierro. Puntualmente, se presentó en la capilla, para asistir a los funerales, el desaparecido esposo, a cuyo encuentro salió, con amable sonrisa, su "difunta".

—•—

La sustancia más costosa no es el oro ni el platino o el radio, sino la semilla de ciertas especies raras de orquídeas.

LAS CALLES DE LA PAZ

RAMON DE ALAVA

UNA calle nueva en la región de Miraflores. Comienza en la intersección de la avenida Abel Iturralde y la calle José Gutiérrez Guerra, y continúa luego paralelamente a la Héroes del Chaco hasta un parquecito nuevo que hay cerca de la calle Costa Rica y el camino a Yungas.

Por allá, en 1800, el siglo XIX principiaba y los insurrectos americanos preocupaban ya a la Madre Patria, don José Alava y doña Francisca Allende, importantes vecinos de Villa Portugalete, en España, despidieron a su dos hijos Agustín y Ramón, quienes embarcaron para el Nuevo Mundo. El primero de ellos, don Agustín, leal y empecinado realista, vivió algunos años en La Paz, donde había casado, y luego, a raíz de la Revolución de 1809, tuvo que trasladarse a Arequipa, donde falleció. Su hermano menor, don Ramón de Alava y Allende, había casado en 1816 con doña Gregoria Sans Merino. Durante la Colonia, fué un honrado funcionario de correos, pero su gran amistad con el coronel Santa Cruz lo libró de ser perseguido por chapetón y enemigo de los patriotas, manteniéndose neutral en la lucha. Se dedicó al comercio de minerales de plata en la región de Araca y llegó a reunir una considerable fortuna.

Durante la República, se mantuvo leal a Santa Cruz, por cuya causa en cierta ocasión fué desterrado a Cochabamba por el Presidente Velasco, pero al poco tiempo volvió a La Paz y continuó su vida activa de negocios.

Don Ramón de Alava era un gran animador de la vida social de La Paz. Una vez por semana sus salones se veían concurridísimos por lo mejor de la sociedad que lo visitaba sin distingos políticos ni sectarios. Allí, entre partida y partida de brisca, rocambor, y chaquete, y al calor de dulces mistelas y aromáticos piscos de Locumba, el "Siete cuentas", como le decían las gentes, ganaba en popularidad y simpatía.

Dicen que tan original apodo le venía de ciertas relaciones con una bella cholita cochabambina que poseía una tienda de bayetas, tiras bordadas, encajes, alamares, lentejuelas, cuentas de colores y toda la pasamanería barata imaginable, a quien, por su mismo negocio y picardía, se la conocía por la "Siete Cuentas".

Don Ramón era el preste obligado en todas las fiestas religiosas, padrino de cuanto matrimonio había, ya sea en la clase rica como en la humilde; su filantropía y su caridad le habían creado general adhesión y se cuenta que el "Jueves de Compadres" su casa de Huichucato era una verdadera romería de parientes espirituales.

Pero lo que más contribuyó a mantener vivo su recuerdo y cariño, fueron las circunstancias de su muerte. Don Ramón tenía una gran casa en la esquina de Huichocato, cerca de la Iglesia del Carmen, mansión de dos o tres patios, en uno de los cuales vivía un artesano de apellido Monzón más conocido como el "Negro Mozo" y que había establecido allí una industria de cohetes y fuegos de artificio, para lo que almacenaba algo de azufre, salitre, sulfatos y medio barril de pólvora. Ocurrió que pocos días antes del 20 de octubre de 1848, don Ramón de Alava hizo una visita a este su moroso inquilino, que alternaba el trabajo de sus cohetes con sus libaciones de huachucho y aguardiente, y cuando pacientemente estaba oyendo las disculpas y los lloros de la mujer que le mostraba a cinco desarrapados chiquillos, no se sabe cómo, explotó el barril de pólvora y mató al Negro Mozo y a su familia llenando de escombros el patio, y lo peor, produciendo a don Ramón quemaduras gravísimas de las que falleció a los pocos días.

Cuéntase que su entierro fué muy concurrido y llorado, consternando a todos sus amigos y parientes, que realmente le habían tomado gran cariño.

R. S. M.

Burladero

Furiosa aquella mamá por la conducta de aquel "monstruo" de cinco años de quien era imposible hacer carrera, le conminó ya en el colmo de la indignación:

—No volveré a reñirte más. Como vuelvas a hacer la más mínima travesura, te llevo fuera y te cambio por una niña buena...

—¿Y quién te va a cambiar una niña buena por otra mala?...

—•—

La bomba atómica envió al pobre Fujita a reunirse con sus honorables antepasados. Japonés de Montmartre y Montparnasse, su sutil pincel sabía más de las gracias de Occidente —por algo fué pintor de felinos— que de las infantiles geishas de sus lejanas. islas. Demasiada bomba para tan poco hombre. Gran artista, cierto día quiso darles una broma a sus amigos de París —¿tenía otros, acaso?— y levantándose el flequillo se pintó otro tan minucioso y sabiamente sobre la frente... que nadie se dió cuenta de ello...

—•—

¿Qué no se habrá dicho de los ojos? Desde aquello de que son el espejo del alma... cuando se tiene. Recuerden a este respecto aquel pobre necesitado a quien cierto usurero le ofreció perdonarle la deuda si adivinaba cuál de sus dos ojos era de vidrio y acertó en el acto.

—¿Cómo acertaste tan rápido? —le preguntó su esposa.

—¡Por que era el único en que brillaba una chispa de humanidad! —contestó el desgraciado.

—•—

En vista de que repetidas veces había sido invadida su granja durante la noche por amigos de lo ajeno, un campesino de las cercanías de Ulm (Alemania) se decidió a adquirir un perro mordedor. Ya al día siguiente, el inocente can desgarró el abrigo nuevo del sastre, que traía un traje encargado por el campesino. Pocos días después, la fiera terminó con la chaqueta del guardia, que había venido para levantar acta de lo ocurrido. El campesino se dirigió entonces al seguro de responsabilidad civil, pidiendo indemnización por los daños causados. La compañía le contestó: "Uno de estos días, enviaremos a nuestro agente, que verificará sus indicaciones, algo increíbles". El agente volvió ante sus superiores... sin pantalones. El animalito se los había arrancado antes de que lograra entrar en la casa.

—•—

—¿Qué te pasa? —le preguntó cierto día el Guerra a un mocetón de triste aspecto que se encontró al acaso.

—Na, don Rafaé... Que me llevan de sordaó...

—¿Y por eso estás triste?... Piensa que en la milicia se aprende mucho y tres años pasan pronto...

—Si no es por mí, don Rafaé... Es que mi madre se pasa to er día llorando.

—¿Y cuesta mucho que no vayas?

—¡Dos mil pesetas!

—Pues toma —dijo el Califa de Córdoba echando mano a la cartera y dándole las dos mil pesetas—, ¡Pa que no llore tu madre!...